

## BORDER CROSSING

*after Federico Garcia Lorca*

My passage, the scrubland and the fence. Beyond –  
a river valley blued in distance,

all shimmershift and heat haze. The desert has a yellow taste,  
redolent of chalk and distance. Cicada song carries on the summer wind.  
I know that melody, the way it turns to ash

in the piñon and juniper, the reason their carapaces  
are burnished gold. That is the color of the bodies of those

who died in crossing, their carcasses desiccated like leaves  
in autumn, the hue of their hope  
waxing in aridity. The sun descends

behind the hills beyond the river; I descend the hills  
to the river. The world goes green

like the light in an aquarium or the dust in the oceans  
of the moon. Desert music fades to frogsong stitched with rotary  
beats of a distant helicopter.

You can ford the river, but you can't stay here. A man with dreams  
of wheat will have his pockets turned out

if he remains. A woman with strong hands will be shoved  
into the back of a patrol van and lose the thread  
of this green song.

One might say, "I traversed a scrubland unfit for fish,  
for birds, for coyote, for men, and then a music came to my ears."

Between pine and poplar, oak and willow, this no man's land,  
the satisfaction of fireflies who long for nowhere else,  
a memorial cross for the dead hopeful.

The river is wide and full of eddies. I pause at the bank,  
turn my face to the garlic moon, and then wade in.

## BARRA

Yo volvía del secano. En lo hondo estaba la vega envuelta en su temblor azul. Por el aire yacente de la noche estival flotaban las temblorosas cintas de los grillos.

La música del secano tiene un marcado sabor amarillento.

Ahora comprendo cómo las cigarras son de oro auténtico y cómo un cantar puede hacerse ceniza entre los olivares.

Los muertos que viven en estos cementerios, tan lejos de todo el mundo, deben ponerse amarillos como los árboles en Noviembre.

Ya cerca de la vega parece que penetramos en una pecera verde, el aire es un mar de ondas azules, un mar hecho para la luna, y las ranas tocan sus múltiples flautas de caña seca.

Bajando del secano a la vega se tiene que cruzar un miste rioso vado que pocas personas perciben, el Vado de los Sonidos. Es una frontera natural donde un silencio extraño quiere apagar dos músicas contrarias. Si tuviéramos la retina espiritual bien constituida podríamos apreciar cómo un hombre que baja teñido por el oro del secano se ponía verde al entrar en la vega, después de haber desaparecido en la turbia corriente musical de la divisoria.

Yo he querido seguir un momento el camino emocionante (de un lado las ranas, del otro los grillos) y he bebido fríos hilillos de silencio reciente entre los imperceptibles choques sonoros.

¿Qué hombre puede recorrer este camino largo sin que su alma se llene de un arabesco confuso?

¿Quién se atreve a decir «he andado un camino con la cabeza: un camino que no es de pájaro ni de pez ni de hombre, sino el camino de las orejas»?

¿Es éste el camino que va a *ninguna parte*, donde están los que han muerto esperando? Desde la cola del olivar hasta las avanzadas de los chopos, ¡qué admirables algas y lucecillas invisibles deben flotar!

Me he detenido ante la corriente y las largas antenas de mis oídos han explorado su profundidad. Por aquí es ancho y lleno [sic] de remolinos, pero en el monte se enterrará bajo las arenas azules del silencio. Ahora tiene la sublime confusión de los sueños olvidados.

La luna menguante como un ajo de oro pone un bozo adolescente a la comba del cielo.